

EL REINO DE ESTE MUNDO

MARUJA VIEIRA*

"En el Reino de los Cielos no hay grandeza que conquistar, puesto que allá todo es jerarquía establecida, incógnita despejada, existir sin término, imposibilidad de sacrificio, reposo y deleite. Por ello, agobiado de penas y de Tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar en medio de las plagas, el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida, en el Reino de este Mundo".

(Alejo Carpentier — El Reino de este Mundo)

El 26 de diciembre de 1904, en la calle Maloja de La Habana, llegó Alejo Carpentier al reino de este mundo. Fue su padre un arquitecto francés, cuya vocación inicial era la música, concretamente, el violoncello. Aunque estudió arquitectura por mandato familiar, jamás renunció a la música, que era su pasión constante y total.

* *Poetiza. Escritora. Conferencia leída el 16 de Mayo de 1984 - Universidad Central de Bogotá - Ciclo Alejo Carpentier.*

La madre de Alejo Carpentier era rusa. Nacida bajo el zarismo, se educó en el Liceo Imperial de Bakú, fue amiga de la bailarina Anna Pavlova y estudió medicina en Suiza. No recuerdo su nombre. Pero bien podría llamarse Pelagia Vlasova, como la protagonista de **La Madre** de Gorki. Rusa blanca, opuesta al régimen comunista, cambió de actitud en 1927 a raíz del encarcelamiento de su hijo, hasta el punto de traducir, en los años 30, algunas novelas de escritores soviéticos. Sorprendida por la segunda guerra mundial cuando se encontraba, casualmente, en París, fue detenida por la Gestapo, bajo la acusación de que su hijo publicaba artículos contra Hitler en la prensa cubana. Librándose de sus carceleros con pasmosa habilidad, huyó de la capital, se sumó a la resistencia francesa y terminó su existencia en La Habana, rodeada de jóvenes revolucionarios, a quienes daba clases de ruso, totalmente identificada con el proceso social cubano. En la inolvidable Caracas de 1950, era una anciana delgada, aristocrática, que vestía siempre finas telas oscuras, alguna vez sombrero y velo, en el húmedo clima casi oceánico del Valle del Avila.

Alejo Carpentier vivió en Caracas con su madre y su tercera y definitiva esposa, Lilia Esteban, entre 1945 y 1959. Sus ingresos de "creativo" en la empresa de publicidad de Carlos Eduardo Frías y colaboraciones permanentes en **El Nacional** de Miguel Otero Silva, permitían a los tres una supervivencia modesta y hermosa, con muchas tareas y muy pocas penas.

He venido esta noche a la Universidad Central con bíblico temor y temblor, a enfrentarme con la obligación de iniciar un ciclo de conferencias, en el que participarán personajes tan importantes de la literatura colombiana como Pedro Gómez Valderrama, Isaías Peña Gutiérrez, Aníbal Noguera, Carlos Bahamón, Conrado Zuluaga, Benhur Sánchez, Otto Morales Benítez, Augusto Pinilla, Jaime Mejía Duque, Fernando Baena. . . Vengo a hablar de **El Reino de este Mundo** de Alejo Carpentier, porque por alguna parte se filtró la historia del dramático 31 de marzo de 1983, Jueves Santo en Popayán. . . Cuando logramos volver a la casa generosa, que no quiso matarnos, sólo busqué en el primer momento, en medio del pánico interior que me invadía, bajo el montón de piedras que cubría nuestros haberes, un libro. La edición mexicana de **El Reino de este Mundo**, impresa en mayo de 1949 y que dice: "Para Maruja Vieira, la poetisa con algo de ángel, que vi caer del cielo, un sábado a las cinco en punto de la tarde, con los toros de Guisando metidos en las maletas. Con el afecto y la admiración de Alejo Carpentier. Caracas, septiembre de 1950".

Es por tal razón y por ninguna otra, que estoy aquí para contarles mis recuerdos de aquel tiempo. Se irán deslizando indudablemente, dentro del esquema que me he trazado. Pues se trata de encontrar los caminos que llevaron a Carpentier a Haití, el mágico país donde nació lo real maravilloso en la literatura de América Latina.

Su niñez en el campo lo acercó a la población negra de Cuba. Su sensibilidad europea hereditaria le permitió entender ese mundo, donde los dioses africanos y los brujos se mezclan con las influencias indígenas y españolas, para engendrar el personaje tri-étnico que se define como **Criollo**, palabra con que siempre deno-

minó Carpentier el fenómeno desmesurado de nuestro continente. De ese ámbito de su niñez y su primera adolescencia surgió su primer libro **Ecué—Yamba—O**. Es necesario mencionarlo porque allí están, en concepto del ensayista ecuatoriano Galo René Pérez, muchas claves de su producción posterior. Existen relaciones muy claras entre Menegildo Cué, el protagonista de **Ecué—Yamba—O** y Ti Noel, hilo conductor de la historia que se nos relata en **El Reino de este Mundo**.

Fueron muchas las tareas emprendidas por Carpentier, antes de que alcanzara su grandeza, la máxima medida que hoy contemplamos. A los 17 años inició estudios de arquitectura en la Universidad de La Habana, pero tuvo que interrumpirlos por apremios económicos, que lo obligaron a trabajar a los 18 años, como corrector de pruebas en una imprenta tan modesta — decía años más tarde — que aceptaba un corrector que nunca había antes ejercido ese oficio.

A los 20 años era jefe de redacción de la revista **Carteles**. Contaba, con orgullo amable, que en ese momento fue el Jefe de Redacción más joven de América Latina. En 1927 lo llevaron a la cárcel sus inquietudes políticas y, entre los muros de la prisión, escribió **Ecué—Yamba—O**, que quiere decir, en algún dialecto africano "Gracias a los dioses". En 1928, gracias a su amistad con el poeta francés Robert Desnós, se introdujo en un barco casi como polizón y seguramente lavó platos, peló papas, hizo de pinche de cocina, hasta llegar a Francia, sin un centavo en el bolsillo, por supuesto.

En París se hizo amigo de todos, trabajó en redacciones, en la radio, era traductor. Entre 1933 y 1934 aparece en Madrid, donde edita su primera novela. Si en Francia había conocido a Breton, Tzara, Eluard, Sadoul, Chirico y Picasso, en España fue amigo de García Lorca, Bergamín y Salinas. En 1937, en plena guerra española, lo vemos participando en el Congreso por la Defensa de la Cultura en Madrid.

(Todavía en las reuniones de amigos en Caracas se oía cantar: "Con el Quinto, Quinto, Quinto, con el Quinto Regimiento, tengo que marchar al frente porque quiero entrar al fuego. . . ." O "Puente de los Franceses, nadie te pasa, porque los milicianos, ¡qué bien te guardan! ¡qué bien te guardan!).

Regresó a Cuba en 1939. Antes había viajado por todas partes. Era un viajero perspicaz, e infatigable, que podía descubrir identidades entre la música de Bach y la arquitectura de los aztecas y los mayas. En Cuba dictó clases de música. Había aprendido con sus padres a leer partituras y a tocar el piano. Sus conocimientos de destacado y respetable musicólogo, le permitieron en 1954 llevar a Caracas a los músicos más importantes del Continente. Al Festival de Música Latinoamericana llegaron ese año a Caracas, invitados por Alejo Carpentier e Inocente Palacios, Heitor Villalobos, Juan José Castro, Carlos Chávez. . .

En 1941 se casó con Lilia Esteban, una bella e inteligente mujer, de maravillosos ojos brillantes, que hoy es guardiana del recuerdo de su compañero en el Museo Alejo Carpentier de La Habana. Según cuentan los afortunados que lo han

visto, funciona en la misma casa que se describe en *La Consagración de la Primavera*. Fue de Lilia Esteban la idea de aprovechar la Concha Acústica José Angel Lamas, de la recién fundada urbanización de las Colinas de Bello Monte, para los Festivales de Música Latinoamericana. Pero ésta es otra historia, una historia con fondo musical.

En 1943 llegaron Alejo Carpentier y Lilia Esteban a Haití. Y allí encontró Carpentier la figura, borrosa entre leyenda y sueño, de Toussaint Louverture. Así lo describió después Pablo Neruda:

*Haití, de su dulzura enmarañada,
extrae pétalos patéticos,
rectitud de jardines, edificios
de la grandeza, arrulla
el mar como un abuelo oscuro
su antigua dignidad de piel y espacio.*

*Toussaint Louverture anuda
la vegetal soberanía,
la majestad encadenada,
la sorda voz de los tambores
y ataca, cierra el paso, sube,
ordena, expulsa, desafía
como un monarca natural,
hasta que en la red tenebrosa
cae y lo llevan por los mares
arrastrado y atropellado
como el regreso de su raza,
tirado a la muerte secreta
de las sentinas y los sótanos.
Pero en la Isla arden las peñas,
hablan las ramas escondidas,
se transmiten las esperanzas,
surgen los muros del baluarte.
La libertad es bosque tuyo,
oscuro hermano, preserva
tu memoria de sufrimientos
y que los héroes pasados
custodien tu mágica espuma.*

El caudillo de los insurrectos de raza negra, hecho prisionero por el general Leclerc, fue llevado, cargado de cadenas, a morir en Francia. Pero los dueños de la nube, de la semilla, del bronce y del fuego vengaron ese crimen y llegó la epidemia. De nada valieron los ensalmos de Solimán. Paulina Bonaparte, al borde de la demencia, tuvo que embarcarse con el cadáver de Leclerc en el navío Switshure, donde sus velos de viuda joven y loca pronto se enredaron en las espuelas del joven oficial que custodiaba el regreso a Francia de los restos del general francés.

Como la breve y fuerte ráfaga que fue en la historia de Haití, pasa por las páginas de **El Reino de este Mundo**, Toussaint, el ebanista que tallaba los ojos acusadores del rey negro para el pesebre del amo. Sorprendido entre las transformaciones de Mackandal y la gran rebelión del olvidado Bouckman, Ti Noel apenas se da cuenta de que el esclavo haitiano Juan Jacobo Dessalines proclama, un 1o. de enero, la independencia del país, es designado gobernador vitalicio, se proclama emperador en 1804 y muere asesinado en 1806, sin que le valgan su tricorno napoleónico, ni sus brillantes alamares, ni su guardia de granaderos.

Ocupado el elemental Ti Noel al principio del relato en la doma de potros y de negras, fiel discípulo de Mackandal el mandinga, tampoco alcanza a darse cuenta de que, al final de su vida, cuando fracasa en sus aspiraciones de convertirse en ganso, en el sur de la isla ha reemplazado a Dessalines el ecuánime Alejandro Petión, que hoy nos mira desde el bronce porque un día extendió su mano generosa a un loco soñador de libertades que se llamó Simón Bolívar. . .

Libertad. . . extraña palabra para Ti Noel. Nació esclavo de Lenormand de Mezy, el colono francés que tal vez era uno de aquellos piratas que tuvieron su base en la isla Tortuga, la misma de los corsarios rojos, negros y verdes que conocimos en Salgarí. Inútilmente esperó Ti Noel en su juventud que Mackandal diera la señal del gran levantamiento. Algún día los Señores de Allá, encabezados por Damballah, por el Amo de los Caminos y por Ogún de los Hierros, traerían el rayo y el trueno para desencadenar el ciclón que completaría la obra de los hombres. Pero Ogún de los Hierros, Ogún el Guerrero, Ogún de las Fraguas, Ogún Mariscal, Ogún de las Lanzas, Ogún-Changó, Ogún-Kakakán, Ogún-Batalá, Ogún-Panamá, Ogún-Bakulé abandonó a Mackandal y dejó fracasar la rebelión de Bouckman. Y fue entonces cuando Henri Cristophe se robó la corona de latón dorado que servía de insignia su trabajo de cocinero y se fue para las llanuras del Norte.

Y he aquí que Ti Noel, viejo ya pero firme aún sobre sus pies juanetudos y escamados, cree que es libre cuando regresa de Santiago de Cuba por el Canal del Viento. No sabe que a Dessalines no pudieron defenderlo Petro, Ogún Ferraille, Brise Pimba ni Caplasou Pimba ni todas las divinidades de la pólvora y del fuego.

Por el camino se encuentra Ti Noel con hombres de su raza, que llevan el estilo napoleónico a un boato ignorado por los mismos generales del Corso. Y es esclavo otra vez, más esclavo que nunca, prisionero en un mundo de negros.

"Porque negras eran aquellas hermosas señoras, de firme nalgatorio, que ahora bailaban la rueda en torno a una fuente de tritones; negros aquellos dos ministros de medias blancas, que descendían, con la cartera de becerro debajo del brazo, la escalinata de honor; negro aquel cocinero con cola de armiño en el bonete, que recibía un venado de hombros de varios aldeanos conducidos por el Montero Mayor; negros aquellos húsares que trotaban en el picadero; negro aquel Gran Copero, de cadena de plata al cuello, que contemplaba, en compañía del Gran Maestre de Cetrería, los ensayos de actores negros en un teatro de verdura; ne-

gros aquellos lacayos de peluca blanca, cuyos botones dorados eran contados por un mayordomo de verde chaqueta; negra, en fin y bien negra era la Inmaculada Concepción que se erguía sobre el altar mayor de la capilla, sonriendo dulcemente a los músicos negros que ensayaban una salve. Ti Noel comprendió que se hallaba en Sans-Souci, la residencia predilecta del Henri Christophe, aquel que fuera antaño cocinero de la calle de los Españoles, dueño del albergue de La Corona y que hoy fundía monedas con sus iniciales, sobre la orgullosa divisa de Dios, mi causa y mi espada”.

Por la causa y la espada de Henri Christophe, largas filas de haitianos subían la cuesta empinada que conduce a la fortaleza de La Ferrie, cargados con piedras enormes para la construcción de la mítica ciudadela. Y mientras las negras princesitas Athenais y Amatista jugaban al volante y el capellán de la reina (único blanco entre tanta negrura) leía las **Vidas Paralelas** de Plutarco al príncipe heredero, la esclavitud hervía otra vez en rebeliones, ahora contra Henri Christophe, el mismo Emperador Jones del drama de O'Neill, que atraviesa la historia y la leyenda con el disparo certero de una última bala de plata.

Y cayó Ti Noel en una esclavitud aún más abominable que la que había conocido en la hacienda de Monsieur Lenormand de Mezy... Hasta cuando el propio ejército del monarca hizo sonar el manducumán y terminó el mandato de Henri, por la ley constitucional del Estado, Rey de Haití, Soberano de las Islas de la Tortuga, Gonave y otras adyacentes. Destructor de la Tiranía, Regenerador y Bienhechor de la Nación Haitiana, Creador de sus Instituciones Morales, Políticas y Guerreras, Primer Monarca Coronado del Nuevo Mundo, Defensor de la Fe, Fundador de la Orden Militar de Saint Henri... cuyo cuerpo quedó enterrado en un bloque de cemento, que puede ser de los que quedan en la Ciudadela La Ferrière, la fortaleza construída allá arriba, sobre las nubes...

El relato de Carpentier podría terminar aquí. Pero era necesario que supiéramos que para Ti Noel, que había aprendido de Mackandal a transformarse en árbol o en caballo, su aspiración suprema era ser ganso. Porque los gansos son gente de orden, de fundamento y de sistema, cuya existencia es ajena a todo sometimiento de individuos a individuos de la misma especie. Pero fue inútil. Ese orden rechazó al nuevo ganso. Una guerra de picos le indicó que no podía pertenecer al clan. “Ningún ganso conocido había cantado ni bailado el día de sus bodas. Nadie de los vivos lo había visto nacer. Se presentaba sin el menor expediente de limpieza de sangre. En suma, era un meteco”.

“Y desde aquella hora nadie supo más de Ti Noel, ni de su casaca verde con puños de encaje salmón, salvo, tal vez, aquel buitre mojado, aprovechador de toda muerte, que esperó el sol con las alas abiertas: cruz de plumas que acabó por pegarse y hundir el vuelo en las espesuras del Bois Caimán”.

El 24 de abril de 1980, a los setenta y seis años, cuando había conquistado la grandeza que hoy nos convoca ante su memoria, dejándonos en su obra la máxima medida de su poder creativo, se fue Alejo Carpentier del Reino de este Mundo. Voces más autorizadas que la mía analizarán **Los pasos perdidos**, El

siglo de las luces, El recurso del método, El arpa en la sombra, La consagración de la primavera. Agradezco a la Universidad Central y al Centro Alejo Carpentier porque se me ha permitido abrir este ciclo de conferencias, que renueva el claro recuerdo del hombre que supo ser, no sólo un gran escritor sino un valeroso luchador, que no vaciló en entregar su tiempo y su fuerza a la causa que defendía. Porque como lo declaró alguna vez, después de un largo silencio de entrega a su pueblo "Qué importa un libro mío más o menos, ante la suerte de diez millones de seres humanos!".